

A lo largo de varias décadas pensamos a la democracia como una solución...

Hoy resulta claro que la democracia, en efecto, resuelve algunos problemas: el de la convivencia/competencia entre diversas corrientes políticas e ideológicas, el del relevo gubernamental sin tener que acudir al expediente de la violencia, el de la expansión de las libertades y el ejercicio de derechos políticos, entre otros. Pero también resulta inescapable que la democracia, por su propia complejidad, por ser un régimen en el que coexisten y compiten una diversidad de opciones políticas, tiende a hacer más compleja la gestión de gobierno, la relación entre los poderes constitucionales y entre éstos y los grupos de interés.

Si a ello le sumamos que la democracia no se reproduce en el vacío, entonces debemos agregar a la reflexión todas aquellas realidades que influyen en su marcha y el aprecio (o desprecio) hacia sus instituciones. Así, el débil e inestable crecimiento económico, la petrificada y ancestral desigualdad, la precaria cohesión social, el déficit monumental en términos del Estado de derecho, la disimil y polarizada ciudadanía, la espiral abrumadora de violencia, la corrupción, no sólo impactan la percepción —la imagen— sobre nuestra incipiente democracia, sino la calidad de nuestras relaciones políticas y sociales.

Es el momento de pensar a la democracia como problema, y también los problemas que debe enfrentar la democracia, si deseamos su consolidación y no su paulatina e ineluctable erosión.

GRANDES PROBLEMAS

La democracia como problema
(un ensayo)

José Woldenberg



 EL COLEGIO
DE MÉXICO



EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

321.8
W852d

Woldenberg, José, 1952-

La democracia como problema (un ensayo) / José Woldenberg
-- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México : Universidad Na-
cional Autónoma de México, 2015.
174 p. ; 21 cm -- (Grandes problemas)

ISBN 978-607-462-784-8

I. Democracia. I. Título. II. Ser.

Primera edición, 2015

DR © José WOLDENBERG

DR © El COLEGIO DE MÉXICO, A.C.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.
www.colmex.mx

DR © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

ISBN 978-607-462-784-8

Impreso en México

INDICE

INTRODUCCIÓN	15
1. EL CAMBIO DEMOCRÁTICO Y EL MALESTAR SOCIAL	19
UNA BREVE RECAPITULACIÓN	19
LA MEDICIÓN DEL MALESTAR. CONOCIMIENTO, VALORACIÓN, SATISFACCIÓN	20
2. LA DEMOCRACIA COMO PROBLEMA	25
CONTRADEMOCRACIA, POSDEMOCRACIA, ESTADO DE PARTIDOS	25
<i>Pierre Rosanvallon y la contrademocracia</i>	25
<i>Colin Crouch y la posdemocracia</i>	28
<i>Klaus von Beyme: el Estado de partidos</i>	31
PARADOJAS	33
MALESTAR CON EL PLURALISMO EQUILIBRADO	36
TRANSFORMACIONES DEL RÉGIMEN DE GOBIERNO	43
LA DEVALUACIÓN DE LOS PARTIDOS Y LA EXALTACIÓN DE LOS CIUDADANOS	50
Los partidos: <i>aríetes, producto y usufructuarios</i>	51
<i>de las reformas políticas</i>	51
<i>El malestar con los partidos. Pluralismo o sociedad sin fisuras</i>	52
<i>La retórica antipolítica</i>	55
<i>La tortuosa política democrática</i>	57
<i>Economía petrificada, sociedad escindida</i>	58
<i>Una legislación cada vez más restrictiva</i>	59
<i>El porcentaje para el registro</i>	62
<i>Candidatos independientes</i>	65

3. LOS PROBLEMAS QUE DEBE ATENDER LA DEMOCRACIA 71

INFRAVALORACIÓN DEL TRÁNSITO DEMOCRÁTICO Y ESPACIO PÚBLICO 71

Anteayer 72

Ayer 74

Hoy 77

Políticos e intelectuales 80

DEFICIT DE ORDEN DEMOCRÁTICO 85

DEFICIT DE CIUDADANÍA Y DE SOCIEDAD CIVIL 91

Dos ensueños peligrosos 91

Más allá de los ensueños 92

Los nutrientes de los ensueños 95

Fortalecer al Estado, los partidos y la sociedad civil 96

Déficit de ciudadanía y elecciones 100

Ciudadanía y cultura política democrática 104

LOS PARTIDOS: SU LENGUAJE, SU COMPORTAMIENTO 106

Identidad y pragmatismo 108

No es un juego de suma cero 110

LOS MEDIOS Y EL DISCURSO ANTIPOLÍTICO 112

La televisión 113

Libertad 115

Responsabilidad y especulación 116

Supercherias 117

Erosión del espacio privado 119

La función social 120

Cadena de medios públicos 122

POBREZA, DESIGUALDAD, FRÁGIL COHESIÓN SOCIAL 124

PNUD: pobreza y desigualdad 124

CEPAL: cohesión social 129

53.3 millones de pobres 132

Nuestra desigualdad 134

El mundo del trabajo, la desigualdad y la asimetría de poder 135

El salario mínimo 138

Discriminación 140

Hacia un pacto social 141

EL ESTANCAMIENTO ECONÓMICO, LA DESIGUALDAD Y SU SECUELA 144

LA CORRUPCIÓN Y LA IMPUNIDAD 154

¿Alenamiento a destiempo? 154

Desconfianza 156

LA VIOLENCIA 158

Tipos de violencia 160

Las movilizaciones 162

El Estado 162

Hacia una política de Estado 163

Momento cargado de promesas e incertidumbre 164

La movilización, la violencia, la antipolítica 165

La necesidad de una agenda 167

BIBLIOGRAFÍA 171

También por ineptitud, por una añeja tradición de impunidad de los cuerpos policíacos (los derechos de los detenidos son un tema relativamente nuevo entre nosotros —aunque cueste creerlo—), por desesperación o impotencia se detiene a inocentes y se les hace transitar por un laberinto de maltratos. Con lo cual el círculo se clausura. Delinquentes intocados e inocentes atropellados y ofendidos.

El tema se vuelve central y de enorme urgencia porque vivimos una espiral de violencia de todo tipo: interpersonal (para dirimir conflictos privados), delincuencial, social y masiva (como la que sucede de vez en vez en los estadios de fútbol), producto de la alianza entre delinquentes y autoridades (el caso de los estudiantes de la Normal de Ayoztzinapa se ha convertido en el símbolo más descarnado) y política (surgida “desde abajo”). Hace unos meses —antes de que estallara la crisis— citaba un estudio que desde 2008 viene midiendo el estado de ánimo prevalente en la sociedad en el que el porcentaje de personas que “vivía y generaba un ambiente agresivo” había crecido en forma espectacular.⁹

A pesar de todo, ningún tipo de violencia goza de legitimidad. El iracundo que mata a su vecino, las bandas de secuestradores, las portas en los estadios que agreden a sus adversarios y la peor: la que se produce por autoridades sin apego a la ley y violando los derechos de los ciudadanos, desatan —y no debe ser de otra manera y en ello hay una reserva de sabiduría nada despreciable— el rechazo y condena automáticos de casi todo el mundo.

No obstante, hay un tipo de violencia que si bien es repudiada por la mayoría encuentra defensores —o por lo menos actitudes comprensivas—. Me refiero a la violencia política que organizaciones y movimientos han ejercido, por ejemplo, en Guerrero. Las coartadas son múltiples y variadas: que si es expresión de lo mal que están las cosas, que si sirve para erosionar el triunfalismo gubernamental, que si es un “ya basta” que debe llamar a la reflexión, que si es una respuesta a los abusos de la autoridad. Y si bien todas esas afirmaciones pueden tener sus gramos de verdad, de continuar esa espiral debemos temer lo peor, porque la violencia es destrucción, pérdidas y muerte y luego quizá...

El drama mayor es que frente a la violencia sólo cabe la ley y la justicia. Y ambas están en malas condiciones.

⁹ *Reforma*, 12 de junio de 2014.

DEFICIT DE CIUDADANÍA Y DE SOCIEDAD CIVIL

Dos ensueños peligrosos

Primero: “Durante décadas el Estado lo fue todo y la sociedad nada”. Se trata, sin duda, de una frase exagerada, demasiado rotunda, sin matices, caricaturesca en una palabra. Una frase que nadie en su sano juicio podría sostener, pero que, sin embargo, parece estar entre las pulsiones de un cierto pensamiento conservador que desea ver en el pasado un tiempo en el que la voluntad estatal ordenaba con suficiencia la vida política del país. Se trata de la lectura reduccionista de uno de los rasgos más sobresalientes del largo periodo posrevolucionario.

Porque las instituciones estatales surgidas del movimiento revolucionario de principios de siglo lograron ser omniabarcantes y bajo su conducción se organizó lo fundamental de la política, los circuitos de intermediación partidista prácticamente fueron ocupados por una sola organización y las asociaciones sociales fundamentales fueron incorporadas al partido oficial. De hecho, se produjo una fusión/confusión entre aparato estatal, partido, organizaciones sociales, que modeló un perfil singular en todo el entramado de normas, instituciones y prácticas políticas.

La imagen de una enorme pirámide en cuya cúspide se encontraba el presidente de la República —que por la vía del partido oficial, el presupuesto, las secretarías, departamentos y empresas descentralizadas contaba con las palancas básicas para decidirlo casi todo, y que por medio de grandes organizaciones de masas, instituciones sociales y relaciones privilegiadas con los poderosos gremios y corporaciones lograba reciclar sus apoyos y su legitimidad— puede ser quizá demasiado burda, pero sin duda hace alusión a una fórmula de organización política vertical, monocromática y en la cual las instituciones estatales, circuitos de representación y organizaciones sociales estaban insuficientemente diferenciadas.

Claro, fueron tiempos de estabilidad, de discursos únicos, de disciplina (cuasi) perfecta. Y esa imagen (distorsionada) alimentaría la utopía conservadora de la vuelta al pasado, cuya síntesis paradigmática sería el Presidente Todopoderoso y la Sociedad Fiel y Agradecida.

No obstante, se trata de eso, de un ensueño conservador y altamente peligroso, porque una sociedad plural y en perpetuo movimiento no cabe ni quiere hacerlo en el viejo esquema de organización política.

Segundo: "En el futuro la sociedad lo será todo y el Estado nada". Quizá como reacción a la sobreestatización de la vida política, al ver-ticalismo imperante, a la subordinación en que vivieron (y viven) no pocas organizaciones sociales y a la falta de espacio para la recreación de la pluralidad política, se ha generado una utopía de signo contrario. El Estado no sería más que la encarnación del Mal mientras que la sociedad civil sería la portadora de todas las virtudes y todas las promesas. El futuro es de esta última, y entre sociedad política y civil existe una especie de juego de "suma cero" en el que lo que gana una lo pierde la otra.

Por esa vía, todo movimiento, agrupación, reivindicación que se enfrente con el aparato estatal, es, por ese solo hecho, digno de enco-mio. Porta de manera immanente la pulsión virtuosa y por definición es superior a todo lo que emana de la esfera estatal.

El promisorio surgimiento o expansión de agrupaciones sociales y de temas y demandas que ponen sobre la mesa, y que en sí mismas muestran la vitalidad y pluralidad de la sociedad, es leído como la constatación de la declinación irremediable del Estado y el ascenso imparale de la "sociedad civil".

Quizá sobre decir que se trata de otro ensueño—ingenuo o malicioso, por lo pronto es lo de menos—que minimiza no sólo la centralidad del entramado estatal, sino que es incapaz de aquilatar que sólo con un Estado fuerte (en el sentido democrático) es posible la reproducción y recreación de la sociedad civil.

Más allá de los ensueños

Lo cierto, sin embargo, es que vivimos hoy los resultados de una transición democrática concluida hace 18 años. El viejo modelo de quehacer político no puede ni debe reconstruirse. La diversidad política existente en el país, el rosario de agrupaciones y reclamos sociales e, incluso, la pluralidad de sensibilidades que hoy coexisten en México, hacen imposible la vuelta al pasado. Pero por otro lado, la infinidad de intenciones, exigencias, asociaciones, discursos, por sí mismos—cada uno

ensimismado en su singularidad—tampoco pueden ofrecer horizonte y cauce a una sociedad compleja y densa como la nuestra.

Vivimos una situación postransicional. Sabemos de dónde procedemos, fuimos capaces de modificar las normas e instituciones y las relaciones políticas en un sentido claramente democratizador. Quienes han querido exorcizar a la pluralidad política y los que han deseado diluir la centralidad del Estado, por supuesto que han fracasado.

Da la impresión de que a la crisis de las viejas fórmulas de articulación entre aparato estatal, circuito de representación político y agrupaciones sociales, se suma la crisis de paradigmas capaces de ofrecernos un esquema de reconstrucción del Estado, los partidos y organizaciones sociales en clave nueva, democrática.

Y ello resulta más apremiante puesto que las agrupaciones sociales o cívicas independientes están ahí, ante nuestros ojos, actuando y multiplicándose, al mismo tiempo que se fortalecen opciones partidistas de distinto signo que expresan intereses, programas y diagnósticos igualmente diversos.

Sin embargo, la utopía conservadora es incapaz de apreciarlos. Su añoranza por los tiempos idos le impide asomarse a las nuevas realidades y por ello puede ser sumamente disruptiva. Portadora de los códigos de entendimiento del pasado, no puede leer lo nuevo que se manifiesta por todas partes.

Por otro lado, no parece menos cierta la necesidad de evaluar con rigor y justeza lo que significa la normatividad republicana y federal, las instituciones estatales y las garantías que preserva, porque sin ello el discurso antiestatista se simplifica hasta convertirse en una caricatura.

Esa simplificación—o esa incapacidad para hacerse cargo de la necesidad de la institucionalidad estatal—llega a tenerse de preocupantes tintes ingenuos (porque cualquiera debería saber que sin Estado la sociedad civil es imposible) y en ocasiones perversos (porque impide pensar en serio y en profundidad la necesaria reforma del Estado). Porque sí, por definición, con el Estado no hay nada que hacer, si por su propia naturaleza es una entidad maligna, entonces confrontarla con todo, darle la espalda a esa rotunda realidad resulta lo más aconsejable, lo único moralmente aceptable.

Pero no. Hace algunos años Norberto Bobbio nos advertía de lo relativo, frágil y, en sus extremos, falso de esa distinción, dice Bobbio

que el Estado moderno, "no sólo es un Estado que ha calado en la sociedad a la que gobierna, sino también un Estado que ha sido calado por ella... Aun sin considerar que estos dos procesos —la sociedad que se convierte en Estado y el Estado que se convierte en sociedad— son contradictorios... en modo alguno han concluido y tal vez su presencia y acción simultánea sean el rasgo distintivo de la política hoy... estos dos procesos están bien representados por dos figuras, la del ciudadano que participa y la del ciudadano protegido, los dos están en conflicto entre sí, a veces en una misma persona: el ciudadano que mediante una participación activa pide siempre una protección mayor o mayores garantías al Estado, y con su demanda de protección reafuerza al Estado del que quiere apropiarse y que por el contrario se convierte en su dueño". Concluye Bobbio: "En este aspecto, sociedad y Estado funcionan como dos momentos necesarios, separados pero contiguos, distintos pero interdependientes del sistema social en su conjunto y partes igualmente esenciales de una misma estructura social".¹⁰

Pero algunos en México insisten en poner un abismo o una trinchera entre ambos componentes de la ecuación social. Así hemos llegado a situaciones realmente patéticas. De manera circular y triste, cada vez que aparece una nueva necesidad —aclarar un asesinato, inyectar confianza en las instituciones electorales, llevar agua a un molino— se produce una especie de puja sorda y elemental, que tiene más de simbólica que de impacto real, entre quienes desearían atribuir la responsabilidad a las esferas estatales y quienes por el contrario se remiten a la inachable sociedad civil. No pocas veces, en esos juegos de fuerzas e imágenes, las víctimas suelen ser ayuntamientos, congresos locales, partidos políticos, agrupaciones sindicales o cívicas. Por que al final, el reduccionismo *Estado contra sociedad civil* o *sociedad civil contra Estado* impide ver y valorar ya no digamos los "extremos", sino toda la red de mediaciones que precisamente son eso, mediaciones.

Otra vez sobra decir que esas visiones esencialistas que ubican todo el bien en unos y todo el mal en otros, más allá del éxito que puedan tener en la plaza pública, resultan altamente destructivas porque

¹⁰ Norberto Bobbio, "La sociedad civil", en Edelberto Torres-Rivas (comp.), *Política: teoría y métodos*, San José, EDUCA, 1990.

impiden apreciar, reforzar y reformar buena parte del entramado político que ya está entre nosotros.

Una dinámica que siga alimentando una disputa entre los extremos poco puede ofrecer como idea de futuro. De hecho, unos y otros se nutren del pasado. Unos añorándolo y otros reaccionando ante realidades que, en buena medida, ya se han evaporado.

Queriéndolo o no, el tipo de debate desarrollado entre nosotros ha producido además una suerte de degeneración de los conceptos hacia reducciones que los hacen irreconocibles con sus significados más profundos y constructivos. Particularmente, el que por *sociedad civil* se entiende ahora pura y llanamente aquello que no es el Estado y que se le opone. Confusión mayor, noción equívoca que llama a engaños porque hace invisible aquella sociedad civil *prostatista* o simplemente no militante, pero igualmente existente. Pero la sociedad civil es mucho más que eso: es un concepto que intenta describir una experiencia ligada al desarrollo de las democracias occidentales, y que por ello es hoy objeto de imitación y difusión. El concepto sociedad civil alude a la sociedad organizada. Son las asociaciones múltiples y contradictorias (sindicales, campesinas, empresariales, de derechos humanos, ecologistas, etc.) que surgen de la sociedad, lo que entendemos por sociedad civil. Pero se trata de una construcción histórica, la cual supone una combinación institucional compleja de un gobierno fuerte pero limitado y responsable, que opera bajo el imperio de la ley. En su despliegue, la sociedad civil acota al aparato estatal, pero la existencia ordenadora de éste permite a su vez la reproducción de la sociedad civil. Y sin embargo, en el código de nuestros debates esta dimensión tiende a diluminarse.

Los nutrientes de los ensueños

Los prejuicios antiestatales tienen hoy tres poderosos nutrientes: a) las visiones liberales elementales; b) el radicalismo gremialista, y c) el ejercicio patrimonialista de las instituciones estatales.

Las primeras quisieran circunscribir al Estado a su mínimo posible. Más allá de la experiencia, sostienen que el simple mercado lo puede todo y por ello toda intervención de alguna dependencia pública es calificada de manera reiterada como indeseable, distorsionante, antiproduktiva, inhibitoria de la iniciativa de los particulares.

El radicalismo gremialista —lo mismo presente en sindicatos, agrupaciones verdes, asociaciones agrarias o magisteriales, etc.— cree que los particularismos de sus respectivas causas pueden prescindir de la estructura estatal, a la cual ve solamente como antagonista o como entidad de la que deben emanar dádivas y recursos.

No podemos dejar de mencionar, sin embargo, que en efecto un manejo opaco e inescrupuloso de los recursos e instituciones públicos alimenta las nociones antiesatistas elementales.

De esa forma, agentes sociales muy distintos, y con lenguajes y expectativas muy diversas, acaban descalificando casi por principio el rol y centralidad del Estado.

Pero por el otro lado, los prejuicios anti sociedad civil no son menos notorios. Y aquí su alimento viene sobre todo de las corrientes antipluralistas y por ello antidemocráticas. Se trata de todas aquellas manifestaciones que quisieran homogeneizar al país, dotarlo de un código y un mismo lenguaje para todos, que ante cualquier crítica a la autoridad solamente ven intereses aviesos. Así, el rosario de voces, exigencias y agrupaciones que surgen, crecen y se reproducen conformando a la sociedad civil, son vistas como sinónimo de desorden y eventuales conflictos.

Sobra decir que a partir de esos prejuicios, lo que es vitalidad de la sociedad es percibido con preocupación e incluso con miedo, porque la riqueza de expresiones es leída como caos, como cristalizaciones que escapan al control del Estado.

Y en efecto, se trata de un movimiento expansivo que por mucho desborda las posibilidades de control de la autoridad estatal, pero ello es vivido como angustiante solamente por los que siguen pensando la realidad social con los códigos de ayer.

Fortalecer al Estado, los partidos y la sociedad civil

Por el contrario, creo que requerimos fortalecer al Estado, a los instrumentos de intermediación y representación y a la densa red de organizaciones sociales. Se trata de tres dimensiones que mutuamente pueden robustecerse.

Porque más allá de prejuicios de todo tipo, el Estado, los partidos y la abigarrada y diversa sociedad civil están ahí, y sólo la necesidad

puede pretender el exorcismo de alguna de dichas dimensiones. La tesis central de estas notas es que institucionalidad estatal, circuito de representación y agrupaciones sociales, más que condenados a relacionarse en un supuesto juego de suma cero, pueden y deben apostar a su mutuo fortalecimiento, que sólo puede ser tal desde una perspectiva democrática.

Varios autores han insistido en la existencia de un movimiento oscilatorio entre Estado y sociedad civil, en el que alguno de los dos pierde siempre. Para ellos se trata de un vaivén de mayor importancia que la mera sustitución ideológica o electoral, pues se refiere al cambiante balance histórico que se establece en la correlación de fuerzas entre las instituciones públicas y las privadas, lo que Albert Hirschman describió con su metáfora de la balanza entre interés privado y acción pública.¹¹ Pero aquí no intentaremos discutir con este autor, sino advertir que justamente el propio Hirschman, en un texto más reciente, ha señalado el simplista dualismo bilateral de su modelo.¹² En efecto, toda balanza se reduce a un juego de suma cero en el que cada ascenso de una de las partes exige un descenso correlativo de la otra. Y Hirschman, en su artículo sobre la desaparición de la Alemania comunista, advierte que muchas veces ambos platillos de la balanza están igualmente elevados (juego de suma positiva) o descienden a la vez (juego de suma negativa). Y por eso propone sustituir su metáfora de la balanza por la de los vasos comunicantes, en la que los miembros relacionados ya no se oponen bilateralmente, sino que pueden influirse (comunicación ascendente, de suma positiva) o contagiarse (comunicación descendente, de suma negativa).

Esta argumentación no es sólo teórica, sino que se funda en experiencias históricas concretas: las llamadas épocas de oro que conocieron los países europeos son momentos históricos en los cuales tanto el Estado como la sociedad civil se hallaron en su mejor momento. Pues bien, tales épocas pueden ser interpretadas tanto en el sentido de que es la sociedad civil la que contagia al Estado su próspero esplendor o buena fortuna institucional, como a la inversa, siendo el Estado sano y competente sería quien llevara la iniciativa histórica, cuyos efectos

¹¹ *Interés privado y acción pública*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

¹² "Salida y voz: el fin de la RDA", *Claves de la Razón Práctica* 39, 1994.

se difundirían por toda la sociedad civil.¹³ Por lo demás, son muchos los autores que nos advierten sobre la necesidad de aprender a establecer un tipo de relación constructiva y eficaz entre Estado y sociedad civil antes que a contraponerlos. Norbert Elias, por ejemplo, entiende su proceso de civilización como una serie de innovaciones institucionales, surgidas en la corte moderna como centro capital del Estado y dimanadas desde ahí en oleadas de sucesivos círculos concéntricos que van afectando a los estratos de la sociedad civil.¹⁴

A fin de cuentas, tanto Estado como sociedad civil son realidades vivas, interconectadas, en permanente tensión, pero que en una articulación de carácter democrático pueden multiplicar sus propias potencialidades.

Un Estado alimentado por un pluralismo vivo en el circuito de la representación y apoyado en un entramado complejo y denso de expresiones sociales, tiende no sólo a ser más fuerte sino más receptivo, más poroso, más permeable.

El propio circuito de representación y expresión de la pluralidad adquiere pleno sentido si sus interacciones repercuten en el quehacer de las instituciones estatales, ya que sin ello sus alanes resultan vanos. Y si sus relaciones con el mundo de las organizaciones sociales son fluidas y permanentes, ello sirve para fortalecer la legitimidad y la presencia de las instancias de mediación política, que no otra cosa son los partidos.

Y las propias asociaciones cívicas sólo pueden alcanzar muchas de sus expectativas y reclamos en el marco de un Estado consolidado y de un circuito político de representación permeable y plural.

Si la lógica anterior tiene algún sentido, debemos pasar de los intentos de exorcismo de alguna de esas realidades a los planteamientos de reforma democrática de todas y cada una de ellas. De los sueños conservadores que quisieran volver a confundir Estado-partidos y organizaciones sociales en un solo bloque, y de las utopías de todo tipo que quisieran que la presencia estatal se esfumara en el aire, a una nueva relación entre Estado, partidos y sociedad civil, marcada por la autonomía y las tensiones productivas entre las tres realidades.

¹³ Ugo Piñone, *La salida del atraso económico: un estudio histórico comparativo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

¹⁴ Norbert Elias, *El proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Requerimos Estado —y perdón por la perogrullada— como fórmula unificadora de la nación, como cristalización de instituciones insustituibles, como una de las palancas del desarrollo y como garante del orden social, como tutor del derecho y el ejercicio de las libertades individuales y sociales. Pero necesitamos un Estado reformado, democrático, moderno. Un Estado no patrimonialista, no confundido con un partido, no hipercentralizado, sino, por el contrario, un Estado de todos, cuyas funciones se cumplan con estricto apego a la ley, auténticamente federal y representativo, donde los poderes se equilibren y las funciones se cumplan. Otra vez, requerimos reformas para fortalecer al Estado.

Pero es imprescindible también un sistema de partidos digno de ese nombre. Donde cada uno de ellos sea parte y exprese a parte de la pluralidad política existente. Un sistema de partidos capaz de ofrecer cauce a la participación de la sociedad de manera coherente, con horizonte. Y para ello es necesario trascender rutinas y ensimismamientos. Necesitamos partidos abiertos, sensibles y responsables, que sean puntos de referencia obligada, laboratorios de elaboración política, canales funcionales para procesar los diversos diagnósticos y propuestas que coexisten en nuestra sociedad. Deben ser partidos inclusivos, capaces de disentir entre ellos, pero también de acordar un piso común para su coexistencia, tienen que ser canales de expresión, pero también coadyuvantes de la gobernabilidad.

Y aquí me permito un paréntesis: Si alguna entidad está obligada a tener conciencia plena del significado de una reforma en los tres niveles es la de los partidos políticos. Por definición, los mismos se mueven en un marco estatal dado y entre instituciones a las que pretenden dirigir, al mismo tiempo que el mar de organizaciones sociales tiende a modular su actuación, a fijarles límites y a imponerles la necesidad de tender puentes entre la sociedad civil y los partidos (que en términos ortodoxos son parte de la sociedad civil y vínculo y expresión de y con la sociedad política). Por ello extraña sobremanera que desde los partidos se refuercen prejuicios anti Estado o anti sociedad civil, o que intenten o insistan en confundirse o diluirse en alguna de esas dos dimensiones. Otra vez, citando a Bobbio: "los partidos tienen puesto un pie en la sociedad civil y otro en las instituciones, por eso... su especial realce y su papel insustituible, por eso son los articulados-

res modernos de muchas relaciones cruciales dentro del Estado y dentro de la sociedad civil".¹⁵ A este papel central, creo ningún político y ningún partido que se tome en serio podría o sabría renunciar, porque si algo los define, los partidos son al mismo tiempo sociedad civil y sociedad política.

De la misma manera, requerimos organizaciones sociales fuertes, implantadas, abiertas, capaces de poner sobre el tapete del debate público los mil y un temas que son parte de la agenda nacional. Pero para ello sus propias elaboraciones deben ser más complejas y profesionales, no sólo denunciadoras sino coadyuvantes en la solución de los problemas, responsables y capaces de superar la ronda de los particularismos sin fin. Organizaciones autónomas pero no autistas, independientes pero capaces de concurrir a la resolución de carencias comunes, democráticas en el sentido amplio de la palabra, comprometidas con la pluralidad pero asumiéndose como parte de esa pluralidad y nunca como el todo.

Porque, al final, necesitamos vínculos funcionales entre Estado, partidos y agrupaciones sociales, capaces de crear, en conjunto, un marco de instituciones y prácticas donde se exprese, recree y compita la diversidad, al mismo tiempo que cada uno de esos eslabones cumpla la misión de integrar y dar cauce al mayor capital político con el que cuenta el país: su pluralidad.

Déficit de ciudadanía y elecciones

El mismo tema puede abordarse desde otra dimensión. Tenemos un déficit de ciudadanía o una muy débil y contrachecha sociedad civil. Ciertamente, a la red de organizaciones tradicionales (empresariales, sindicales, agrarias), en los últimos años se ha sumado una vigorosa y esperanzadora consociación de agrupaciones. Sus agendas son múltiples y han fortalecido eso que llamamos sociedad civil (la sociedad organizada). Agrupaciones en defensa de los derechos humanos, los recursos naturales, las agendas feministas o *gyys*, han incorporado nuevos temas, problemas e iniciativas al escenario público. No obstante, la inmensa mayoría de la población no participa en los asuntos públicos

(presuntamente de todos). Y ya se sabe o debería saberse, la calidad de la política depende no sólo de lo que hagan o dejen de hacer los políticos profesionales sino del contexto de exigencia (o no) en el que despliegan sus iniciativas. Nuestra sociedad civil es epidémica y desigual. Epidémica, porque son porcentualmente muy pocos los que de alguna u otra manera se encuentran organizados y pueden hacer sentir su presencia, y desigual e incluso polarizada porque mientras algunos actores cuentan con asociaciones fuertes e implantadas, los más están atomizados, carecen de voz y potencia para hacer valer sus reclamos. No se trata de revivir—como señalamos antes—el cuento del juego de suma cero entre las instituciones del Estado y la sociedad civil. Por el contrario, una sociedad organizada potente y activa no sólo le crea un contexto de exigencia al Estado, sino que tiende a construir puentes de comunicación entre ambas esferas, inyectando densidad a las reflexiones y prácticas estatales. Mientras que una condición sustantiva para la existencia de una sociedad civil viva y poderosa es precisamente la existencia de un Estado democrático. De tal suerte que sociedad civil robusta y entramado estatal democrático—teóricamente—tienden a fortalecerse. Pero hoy por hoy, con una farragosa sociedad civil, los grados de libertad—y en ocasiones de impunidad—de las diferentes autoridades suelen ser muy amplios. Y aquí, un ejemplo.

En la temporada electoral los partidos y los candidatos asumen un papel central. No puede ser de otra manera. Al conocerse el elenco toman el lugar de las estrellas. Las estructuras, las redes de relaciones, la organización de los partidos son el basamento sobre el cual se realizan las campañas. Y los candidatos son algo más que el rostro reconocible de las diferentes opciones, se convierten en la encarnación de los diagnósticos y programas de sus organizaciones, y representan las esperanzas y fobias del "respetable". Entre ambos—partidos y candidatos—escriben buena parte del argumento, los giros de la historia e incluso los momentos chuscos del drama. De tal suerte que decir que de ellos depende, en primer lugar, la calidad de la contienda es un descubrimiento como el del agua tibia.

Para las campañas no transcurren en el vacío. El escenario es lo bastante grande como para que los partidos y los candidatos se encuentren solos en él. Hay muchos otros actores con intereses, proyectos, aversiones, que quieren ser parte de la trama. Y que se mueven de

¹⁵ Norberto Bobbio, *op. cit.*

manera pública o soterrada para hacer avanzar sus ambiciones. Así es y así debe ser. De tal manera que las campañas son modeladas por los competidores, pero resulta importante observar qué tanto éstos tienen que responder a las exigencias y anhelos de la sociedad en la que hacen política y a la que quieren representar.

Pues bien, la calidad de las campañas también depende de ello. Si existe una sociedad civil fuerte, demandante, capaz de colocar sobre la mesa sus iniciativas y preocupaciones, la contienda transcurrirá en un contexto de exigencia superior; los políticos y los partidos no sólo no le podrán dar la espalda sino que se verán obligados a tender puentes de comunicación con ella. Si, por el contrario, la sociedad civil resulta débil, pequeña, si sus intereses y propuestas no ven la luz del día, si no encarna en asociaciones robustas y activas, entonces los partidos y los candidatos podrán actuar con mucho mayores grados de libertad. De tal suerte que la calidad de la lucha electoral depende también de la fortaleza y el grado de complejidad de la sociedad civil.

Entonces hay de campañas a campañas. Mientras en algunas los diagnósticos y las propuestas, los intentos por dotar de sentido al ahora y al futuro inmediato, llenan (o casi) el espacio público: en otras, puede darse un vaciamiento de contenidos, que tienda a convertir las en una feria de ocurrencias, *jingles*, discursos huecos. Ciertamente, las estrallas son los primeras responsables de la calidad del espectáculo, pero el resto, la sociedad que observa, da la espalda o participa, se organiza o no, vota o se abstiene, algo explica de la peculiaridad de la función. O como escribió Fernando Escalante resumiendo a Migdal: “el Estado es parte de la sociedad, y no una entidad separada, distinta, con lógica propia”. Una idea elemental, pero fundamental.¹⁶

Si logramos forjar una sociedad civil robusta, representativa, con diagnósticos y propuestas, movilizadas y capaz de movilizar, tendremos un contexto de exigencia mayor para el despliegue de la política.

Porque hay que repetirlo: lo mejor de las elecciones son las propias elecciones. Y no se trata de una tautología. El solo hecho de que se lleven a cabo auténticos comicios es una “gran cosa”, precisamente

¹⁶ Joel S. Migdal, *Estados débiles, estados fuertes*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

porque no parece una gran cosa. Se trata de un procedimiento en apariencia ruinoso que tiene un enorme significado. Digo “en apariencia” no porque no sea una rutina, sino porque apenas tenemos más de 18 años de contar con elecciones competidas, libres y equitativas.

Las elecciones son una construcción civilizatoria, el único método que permite la coexistencia y competencia de opciones políticas no sólo diferenciadas sino incluso enfrentadas. Se trata de la fórmula que permite la sustitución de los gobernantes sin derramamiento de sangre; que presupone que la diversidad política es un capital que debe ser preservado y que es menester edificar un cauce para su expresión; que intenta construir un puente entre gobernantes y gobernados — así sea frágil y momentáneo —; que permite el ejercicio amplio de las libertades; que desata adhesiones, esperanzas, energías sociales; que nos obliga a vivir y convivir con los otros, en el entendido que esos otros tienen una existencia legítima.

No obstante, nuestras elecciones transcurren acompañadas de desprecio, distancia crítica e incluso sorna (por lo menos en el mundo de la opinión pública). Como si produjeran un halo de malestar que les fuera intrínseco y que impide observar lo sustantivo y apreciarlo. Cuan-
tro fuentes, creo, alimentan esas reacciones.

1. Los que ven en ellas una fórmula insípida, incolora, aburrida de cambio político. Quienes desearían métodos más vigorosos, coloridos, incluso traumáticos y dramáticos de transformación; quienes ensueñan cambios revolucionarios, absolutos, radicales; o quienes en nombre de un orden que flota en sus cabezas no desearían las asonadas o los golpes palaciegos. Y tienen razón: las elecciones se encuentran en las antipodas de esas fórmulas de mutación política porque sus premisas se encuentran a kilómetros de distancia de toda idea redentora. Hay que decir, sin embargo, que esas posiciones son declinantes, que no tienen ni la fuerza ni la implantación de la que gozaron en el pasado, y que hoy tenemos un gran consenso político en el método electoral. Entonces, ¿qué?

2. A quienes les parece muy poca cosa las elecciones porque no son capaces de resolver los “verdaderos” problemas del país. Ni la desigualdad, ni la falta de crecimiento, ni la delincuencia, ni la violencia intrafamiliar, son resueltas por las elecciones. Y en efecto, tienen razón. Lo que sucede es que las elecciones —y en general la democra-

cia— están diseñadas para solucionar dos problemas específicos pero cruciales: el de la coexistencia de una pluralidad de opciones políticas y el de ofrecer una vía institucional y pacífica para nombrar y remover a gobernantes y legisladores. Creo que el problema número uno de México es el de su ocianica desigualdad, pero estoy convencido de que para atender esa profunda falla estructural es mejor tener elecciones que no tenerlas. Y lo mismo se puede decir del resto de los temas. No sobra decir que las campañas son el mejor momento para que los diagnósticos y propuestas de los partidos —es decir, las soluciones a los problemas— logren captar la atención y el apoyo de los ciudadanos.

3] Hay quienes abominan de las elecciones porque no están de acuerdo con algún o algunos de los eslabones del proceso. Todos los hemos oído y leído. Que si son muy caras, que si duran mucho, que si los spots resultan insopornables, que si se vulnera la libertad de expresión porque no se puede comprar publicidad, que si el IFE es un elefante blanco. Ven un árbol *chueco* y no aprecian el bosque. A diferencia de las dos anteriores, en este caso no se expresa un desacuerdo con las elecciones, sino solamente con alguna(s) de sus caras. En estos casos todo está a discusión. Dado que no existe un modelo electoral único y de exportación, muchos de los eslabones se pueden rediseñar, tomando en cuenta que todo es perfectible.

4] Pero quizá la fuente de malestar más extendida sea que a muchos no les gustan los competidores. Son a los que no les gustan los partidos y candidatos que aparecen en la boleta, que quisieran otros. Pues bien, para ello debe existir una solución: volver a abrir las puertas para que aquellas corrientes políticas o grupos organizados que no se identifican con ninguna de las ofertas existentes puedan crear sus propias agrupaciones y participar en elecciones. Desandar el camino que la legislación ha transitado en los últimos años y que consiste en elevar los requisitos para que nuevas organizaciones puedan obtener su registro como partidos políticos. Que aquellos que quieren participar puedan hacerlo.

Ciudadanía y cultura política democrática

Creo que podemos convenir en la idea de que el buen funcionamiento del régimen democrático precisa replantear la política como eje orde-

nador de la actividad del Estado y de forma obligada pasa por la formación de ciudadanos capaces de asumir un papel activo en la sociedad. Dicho de otro modo, en democracia la política tiene que ser una actividad eminentemente ciudadana y no una responsabilidad exclusiva y excluyente de una minoría que se asuma como "representante del pueblo", es decir, es menester que el ciudadano se reconozca como tal: como el sujeto de la política y no como el objeto pasivo de los actos de gobierno.

En ese punto tenemos un déficit que no conviene subestimar. Datos de encuestas sobre cultura ciudadana y educación cívica, realizadas respectivamente por el IFE y la Secretaría de Gobernación, revelan que hay serios problemas en la visión que los ciudadanos mexicanos tienen acerca de los valores, las instituciones y la legalidad democrática. Prevalece, en muchos sentidos, una idea autoritaria o intolerante de las relaciones sociales, así como bajísimos niveles de información política. Se valora como atributo principal en un gobernante que sea un "líder fuerte", por encima de otro que conozca y aplique siempre las leyes. Una buena parte de los ciudadanos encuestados no lee la prensa y no atiende las noticias que se refieren a la política en radio y televisión, pero juzga sumariamente con calificaciones negativas al Congreso, los partidos y los políticos. La dimensión de lo público aparece en general como un universo ajeno y poco confiable.

Esos datos parecen estar en concordancia con lo que nos indica el Informe del PNUD de 2004. Son todavía muchos los ciudadanos en nuestros países que "están de acuerdo con que el presidente vaya más allá de las leyes" (58.1%), que "creen que el desarrollo económico es más importante que la democracia" (56.3%), que "apoyarían a un gobierno autoritario si resuelve problemas económicos (54.7%), que "no creen que la democracia solucione los problemas del país" (43.9%), que "creen que puede haber democracia sin partidos" (40.0%), "que puede haber democracia sin un Congreso" (38.2%).

Hay, pues, una suerte de antagonismo entre la participación electoral efectiva de esos ciudadanos en las elecciones y sus nociones básicas acerca de la democracia que a muchos nos parece paradójica o, por lo menos, digna de atención y de ninguna manera irrelevante.

La presencia de esos rasgos en la cultura política en América Latina nos demuestran que el cambio político no produce modificaciones

sus libertades, concurrir a elecciones, cambiar gobiernos, construir representaciones equilibradas, sino cuando perciben que sus condiciones materiales de vida mejoran, se sienten integrantes de un "nosotros" que los incluye y son capaces de discernir lo que se juega en el terreno de la política.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Luis E. y Jorge A. Alatorre (coords.), *El futuro del Estado social*, México, Universidad de Guadalajara-M.A. Porrúa, 2014.
- Aguilar García, Javier, *Tasa de sindicalización en México 2005-2008*, México, Fundación Friedrich Ebert, 2010.
- Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg, *La mecánica del cambio político en México*, México, Cal y Arena, 2000.
- Bobbio, Norberto, "La sociedad civil", en Edelberto Torres-Rivas (comp.), *Política: teoría y métodos*, San José, Programa Centroamericano de Apoyo Docente, CSUCA, 1990.
- CEPAL, *Cohesión social. Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 2007.
- Cordera, Rolando, y Carlos Tello, *La disputa por la nación. Perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1981.
- Cordova Vianello, Lorenzo, *Derecho y poder. Kelsen y Schmitt frente a frente*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM-Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Cortés, Fernando, "Medio siglo de desigualdad en el ingreso en México", documento presentado en el seminario "Las desigualdades y el progreso en México: enfoques, dimensiones y medición", organizado por El Colegio de México y el INEGI en marzo de 2013.
- Crouch, Colin, *Posdemocracia*, México, Taurus, 2004.
- Daalder, Hans, "¿Partidos negados, obviados o redundantes? Una crítica", en *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*, Madrid, Troita, 2007.
- Elias, Norbert, *El proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Gay, Peter, *La cultura de Weimar*, Barcelona, Paidós, 2012.
- Hirschman, Albert O., *Interés privado y acción pública*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- , "Salida y voz: el fin de la ruta", *Claves de la Razón Práctica*, 39, 1994.
- IFE, con la colaboración de El Colegio de México, *Informe país sobre la calidad de la ciudadanía en México*, México, 2014.

- Instituto de Estudios para la Transición Democrática. *Equidad social y parlamentarismo. Argumentos para el debate de una época*. México, 2010.
- Jara, Rubén, y Alejandro Garnica. *¿Cómo la ves? La televisión mexicana y su público*. México, IBOPE AGR, 2007.
- Koestler, Arthur, Jano, Madrid, Debate, 1981.
- Kolakowski, Leszek. *Libertad, fortuna, mentira y traición*. Barcelona, Paidós, 2001.
- Krauze, Enrique. *La presidencia imperial*. México, Tusquets, 2001.
- Linz, Juan J. "Los partidos políticos en la política democrática: problemas y paradojas", en José Ramón Montero, Richard Gunther y Juan J. Linz (eds.), *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*, Madrid, Troita, 2007.
- Migdal, Joel S. *Estados débiles, estados fuertes*. México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Paz, Octavio. "El escritor y el poder", *Plural*, 13, octubre de 1972.
- . *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- . "La letra y el cerro", *Plural*, 13, octubre de 1972.
- Pipitone, Ugo. *La salida del atraso económico: un estudio histórico comparativo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Popper, Karl R. *La responsabilidad de vivir. Escritos sobre política, historia y conocimiento*. Barcelona, Paidós, 2012.
- Revellatas, José. *Los errores*. México, Ediciones Era, 1964.
- Ros, Jaime. "El reto del empleo y el imperativo del crecimiento", en México *frente a la crisis. Hacia un nuevo curso de desarrollo*. México, UNAM, 2012.
- Rosanvallon, Pierre. *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires, Manantial, 2007.
- Schedler, Andreas. "Los partidos antestablishment político", en Fernando Castaños, Julio Labastida y Miguel Armando López Leyva (coords.), *La democracia en perspectiva*. México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 2008.
- Sienbeck, John. *Diario de Rusia* (con fotografías de Robert Capa). Madrid, Capitán Swing, 2012.
- Tello, Carlos. *Estado y desarrollo económico. México 1920-2006*. México, UNAM, 2007.
- . *Sobre la desigualdad en México*. Facultad de Economía, UNAM, 2010.
- Vargas Llosa, Mario. *La civilización del espectáculo*. México, Alaguara, 2012.
- Beyrne, Klaus von. *La clase política en el Estado de partidos*. Madrid, Alianza Universidad, 1995.
- Woldenberg, José. *Historia mínima de la transición democrática en México*. México, El Colegio de México, 2012.

- Además, para la integración del presente libro retomé, edité y remodelé varios artículos míos.
- "Aproximaciones y reintegros: la democracia tensionada", en Luis Salazar Carrion (coord.), *¿Democracia o posdemocracia? Problemas de la representación política en las democracias contemporáneas*. México, Fontamara, 2014.
- "Socialdemocracia para México", en Luis F. Aguilar Villanueva y Jorge A. Alatorre (coords.), *El futuro del Estado social*. México, Universidad de Guadalajara—M.A. Porrúa, 2014; también en Rolando Cordera, Mario Luis Fuentes, Leonardo Lomeli y Elena Sandoval (coords.), *Globalización, crisis y más allá: por un México social*. México, Programa Universitario de Estudios del Desarrollo, UNAM, 2014.
- "Democracia y desesperanza", *Letras Libres*, 192, diciembre de 2014.
- "Coaliciones y régimen de gobierno", *Correo del Sur*, 346, suplemento de *La Jornada de Morelos*, 4 de agosto de 2013, y *El Punto Sobre la i*, 2: 9, noviembre-diciembre de 2013.
- "Democracia, pobreza y desigualdad", *México social*, 39, octubre de 2013.
- "Democracia para un México social", *Voz y voto* 250, diciembre de 2013.
- "Comunicación política, medios y elecciones", en Raul Trejo Delarbre y Alimés Vega Montiel (coords.), *Diversidad y calidad para los medios de comunicación*. México, Asociación Mexicana de Derecho a la Información—Cámara de Diputados, 2011.
- "El desencanto con la incipiente democracia", en Ricardo Becerra (coord.), *Equidad social y parlamentarismo. Balance de treinta años*. México, Instituto de Estudios para la Transición Democrática—Siglo XXI Editores, 2012.
- "Gobernabilidad democrática", en Miguel Armando López Leyva, Fernando Castaños y Julio Labastida (coords.), *La democracia en México y América Latina: claves de lectura*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 2012.
- "Los déficits de la transición democrática", en José Ramón Cossío Díaz y Enrique Florescano (coords.), *La perspectiva mexicana en el siglo xxi*. México, Fondo de Cultura Económica—Conaculta—Universidad Veracruzana, 2012.
- "Candidaturas, ¿independientes?", *Nexos*, 420, diciembre de 2012.
- "Los retos de la democracia mexicana", en el libro colectivo *México entre Norte y Sur*. Madrid, Fundación Botín, 2011.
- "Comunicación política: medios, elecciones y algo más", en Esthela Gutiérrez Garza (coord.), *Cambiar México con participación social*. México, Universidad Autónoma de Nuevo León—Siglo XXI Editores, 2011.
- "¿Que horizonte tiene la democracia en México?", *El Punto Sobre la i*, 1: 1, noviembre de 2011.

- "La devaluación de los partidos y la exaltación de los ciudadanos", *Configuraciones*, 31, julio-diciembre de 2011, pp. 13-24.
- "Oportunidades y riesgos", *El Punto Sobre la i*, 4: 16, enero-febrero de 2015.
- "Hacia un Estado democrático y social", reseña del libro de Luis F. Aguilar y Jorge A. Alatorre (coords.), *El futuro del Estado social*, *Revista de la Universidad de México*, 131, enero de 2015.
- "Tres momentos de la crítica política", *Letras Libres*, 181, enero de 2014.
- "Intelectuales, no exorcistas", *Nexos*, 437, mayo de 2014.
- "La violencia, el Estado, nuestra convivencia", *La Zurada*, 24, diciembre de 2014-enero de 2015.
- "La desigualdad en México", reseña del libro de Carlos Tello, *Sobre la desigualdad en México*, *Revista de la Universidad de México*, 87, mayo de 2011.
- "La nueva disputa por la nación", reseña del nuevo prólogo al libro de Rolando Cordera y Carlos Tello, *La disputa por la nación*, *México Social*, octubre de 2011, y *El Corro del Sur*, suplemento del diario *La Jornada Morelos*, 28 de agosto de 2011.
- "Los vínculos entre sociedad civil y sociedad política", en Gilberto Rincón Gallardo (coord.), *Partidos políticos y sociedad civil*, México, Centro de Estudios para la Reforma del Estado, 1995.
- Y varios artículos publicados originalmente en el diario *Reforma*.

La democracia como problema (un ensayo)
se terminó de imprimir en junio de 2015
en los talleres de Offset Rebosán, S.A. de C.V.,
Acueducto 115, Col. Huipulco, 14370 México, D.F.
Portada de Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidó la edición Eugenia Huerta.